



que, en momentos de implacable contradicción, particularmente dolorosos para el Beato Josemaría, éste tomó por confesor a Mons. García Lahiguera y se confesó semanalmente con él durante casi cinco años, hasta junio de 1944, cuando se ordenaron los primeros sacerdotes del Opus Dei.

La santidad sacerdotal fue el objetivo permanente del espíritu y de la obra del Siervo de Dios. Orar por la santidad de los sacerdotes fue fin principal de la congregación de las hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote, fundada por él. Seguramente, una de las últimas alegrías que tuvo en este mundo Mons. García Lahiguera fue la concesión del *Decretum Laudis* a las Hermanas Oblatas, que se convirtieron así en Institución de Derecho Pontificio de la Iglesia universal.

J. Orlandis

José Antonio CARRO CELADA, *Jesucristo en la literatura española e hispanoamericana del siglo XX*, La Editorial Católica (BAC), Madrid, 1997, 142 pp.

Aunque parezca mentira, no todos los libros de crítica literaria descubren a un autor enamorado de la literatura. Este, sin embargo, sí lo hace a pesar de que no pueda decirse de él que sea un texto de orientación convencional. El repaso de la literatura en lengua castellana de tema cristiano se hace a través de un seguimiento de los distintos jalones de la vida de Jesús en la tierra: el Nacimiento (que da lugar a una numerosa literatura navideña hasta los años 50), los años de vida oculta (preciosos para especular literariamente sobre ellos), las secuencias de la vida pública, la Pasión y la Resurrección. Acaba el libro con algunos testimonios ortodoxos y heterodoxos sobre el Salvador: «Figuras de Jesús y Jesús desfigurado» (así, por ejemplo, las estampas sobre la Pasión de Gabriel Miró, frente a la visión inmanentista de *Hijo de hombre* de Roa Bastos).

Aunque son muchos y variados los testimonios aducidos a lo largo del libro, Carro Celada asegura que sólo se han producido dos

obras maestras sobre el tema en este siglo: *El Cristo de Velázquez* de Unamuno y las *Figuras de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo* de Gabriel Miró. Es posible, sin duda alguna, que sea así: pero no conviene olvidar que la figura de Jesús es central en una de las obras poéticas tan extraordinaria como la de César Vallejo.

El panorama que se ofrece es bastante completo en lo que se refiere a la literatura española (García Lorca, Unamuno, Rosales, Luis Felipe Vivanco, Gerardo Diego, Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán, Jacinto Grau, Gabriel Miró, José Luis Martín Descalzo, etc.) y en el caso hispanoamericano (Eliseo Diego, Gabriela Mistral, Augusto Roa Bastos, Jorge Luis Borges, Pablo Antonio Cuadra, Nicanor Parra, etc.). Se echa de menos alguna figura señera como el argentino Leopoldo Marechal, que en su monumental *Adán Buenosayres* (1948) sitúa un Cristo de la Mano Rota que interviene silenciosamente en la vida del protagonista.

Hay algunos otros aspectos que, tal vez por la misma índole del libro, no se han desarrollado. Por ejemplo: la mayor presencia de poetas en relación con los novelistas y, sobre todo, con los dramaturgos. Las respuestas pueden dispararse: ¿Es un signo de que los testimonios de fe (o los problemas de fe) se han circunscrito en este siglo a la esfera de lo personal? ¿O se trata más bien de un indicio más de la pérdida del espacio público por parte de la Iglesia? ¿No será que el género lírico se corresponde mejor con la efusión religiosa hoy día? Otra cuestión interesante habría sido la consideración de los períodos en los que la literatura de Jesucristo se ha desarrollado con más intensidad. No es casual, por ejemplo, que haya muchos poetas españoles de los años cuarenta figurando en estas páginas. Y sólo el hecho de manifestar la progresiva secularización de la literatura española, como hace el autor en su «Introducción» (18), pide una atención mayor en este declive del tema. De cualquier forma, la finalidad informativa del libro se cumple sobradamente. He aquí, pues, un libro útil y ameno.

J. de Navascués